Oswaldo Holguín Callo. *Tiempos de infancia y bohemia. Ricardo Palma (1833-1860)*. Pontificia Universidad Católica del Perú. Fondo Editorial. Lima, 1994. 735 p.

En gracia al mérito intrínseco del tema, por el esmero de su exposición y desde luego y en grado eminente por tratarse de quien fuera el artífice –no sin denodada y tesonera campaña– del establecimiento de nuestra Corporación, en modo alguno podía dejarse de dar cuenta en su *Boletín* de la aparición de esta monografía, largamente esperada, fruto de la pesquisa tenaz y verdaderamente ejemplar en sus resultados, emprendida por el catedrático de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Oswaldo Holguín Callo, que cubre el transcurso de la vida del patriarca de las Letras nacionales, hasta sus 27 años, en que se expatrió a Chile.

Es tan copiosa la información de primera mano que sustenta el texto, son tan novedosas las noticias que en cascada sorprenden al lector, y de suyo fue tan rica en sus incidentes, desde su precoz irrupción en el mundillo literario limeño, la existencia del joven Manuel Ricardo Palma, que el marco de una reseña bibliográfica resulta de cierto insuficiente para dar a conocer cumplidamente el contenido de este trabajo, que reclama un comentario hartamente más demorado.

La bibliografía palmista, que sin cesar se enriquece a un ritmo corrido, cuenta de hoy más con la reconstrucción minuciosa y puntual de un período del vivir del protagonista, acerca del cual él mismo lo había desdibujado tendiendo cortinas de humo ya deliberadamente, ya por desvío, o quizá en buena parte incógnito porque nadie se había lanzado a pechar con la penosa tarea de revisar pacientemente las publicaciones periódicas coetáneas para espigar cuanto condujera a proyectar luz nítida sobre los –hasta ahora– brumosos comienzos del escritor más afamado de nuestro siglo XIX. Pedro Perulero (expresivo seudónimo de Holguín Callo) ha consumado esa hazaña y de tal forma ha logrado rescatar hábilmente intimidades familiares, minucias ambientales y claves de circunstancia que indudablemente moldearon un talento que despuntó tempranamente. Sin el sustrato de hojas periodísticas, muchas de ellas volanderas –no todas consiguieron alcanzar la permanencia de “El Comercio”–, en cuyas columnas velaron sus armas los jóvenes gacetilleros de aquellos tiempos, no hubiera sido posible allegar este caudal de noticias, muchas de ellas sabrosas por su tinte vernáculo.

La inquisitiva batida de Holguín Callo en las más recónditas fuentes documentales le ha permitido proyectar claridad meridiana sobre el progenitor de Manuel –luego Manuel Ricardo, y desde 1852 este último nombre con el que ascendió a la celebridad–, su abuela materna, Guillerma Santa María, y el ambiente hogareño de los años de infancia. La figura del padre, Pedro Palma, cobra perfiles propios, y como mentor se acusa su intervención y su influjo psicológico sobre el que todavía era un escritor en agraz. Morosamente pasa revista Holguín Callo a los sucesivos domicilios de los Palma en el barrio de San Francisco.

El Capítulo II –*Educación y estudios*– aporta la concluyente argumentación demostrativa del curso de Palma por el Convictorio Carolino, punto hasta ahora materia de controversia; de paso se adivina la incompatibilidad entre el rector, Bartolomé Herrera, y el alumno.

En tres sustanciosos Capítulos, prietos de datos originales, Holguín Callo, tras desplegar el animado panorama de la escena literaria limeña al promediar el siglo XIX, se hace cargo de las manifestaciones de la pluma del más conspicuo exponente de la "bohemia", desde sus frutos iniciales, cuando escasamente contaba tres lustros de vida e hizo sus primeras armas en la palestra periodística. Un Capítulo entero consume la producción dramática de Palma, revelándose facetas de su estro envueltas hasta ahora en cerrada penumbra. Aclaremos que el "lego Cipriano" (pág. 323, nota 138), era Cipriano Coronel Zegarra (Tacna, 1809 - Lima, 1869). Finalmente, en el Capítulo titulado *La prosa: en el camino de la fama* se recogen el arranque y las primicias de la fórmula de la narrativa que llevaría a la consagración del joven escritor.

Un capítulo dedica Holguín Callo a los quehaceres burocráticos de Palma como oficial del Cuerpo Político de la Armada, período de la vida del eximio cultor de las musas convertido para azares de todavía oscuros motivos en funcionario público. Es congruente aquí dar cabida a una nimiedad si se quiere, pero que no carece de intrínquilis. La filial devoción de Angélica Palma trató de apuntalar la presuntuosa afirmación paternal de haber disfrutado Don Ricardo en el bergantín-goleta de guerra "Libertad" del manejo de la *Biblioteca de Autores Españoles*, de Rivadeneyra. Es verdad que este industrioso editor había llegado hacia 1840 hasta Valparaíso, en donde estableció dos imprentas, pero no es este extremo el que atrae nuestra curiosidad. Si, como documenta Holguín Callo el Oficial 3º del Cuerpo Político de la Armada —'canonía de merced' la calificaría su beneficiario— permaneció una temporada de estación de escasos cuatro meses en las islas de Chincha, de la cual hay que restar a su vez un intervalo para la asistencia al baile de la Victoria (15-16 de octubre de 1853), es claro que —como ya lo apuntara Porras Barrenechea— poco tiempo le quedaría para distraerse en lecturas. Ajustando la cronología tenemos que Palma se embarca para asumir sus funciones en 3 de octubre de 1853 (pág. 468), acude a aquella fastuosa velada y regresa al Callao a fines de enero

de 1854 (pág. 475), y por añadidura adolecía del mareo (pág. 484), todo induce pues a poner en cuarentena la repetida lectura. Si bien es verdad que desde 1849 hasta 1853 habían visto la luz hasta una treintena de volúmenes de aquella magna colección, ocurre preguntarse si es verosímil que en una nave, fondeada en el mencionado archipiélago desde 1848, se hubiese acopiado una “nutrida biblioteca” (Angélica Palma) y se hubiese formalizado la subscripción a dicho repertorio; por lo demás, a lo sumo la bien abastecida biblioteca lo estaría de manuales técnicos y de derroteros náuticos, pero es poco creíble que abundase en textos de difícil digestión para el equipaje de un barco de guerra.

El Capítulo final versa sobre *El periodista y el político*, menesteres que conjugados colocaron a Palma en el deslizadero de la proscripción.

El registro de la fuentes beneficiadas —manuscritas e impresas— cierra el trabajo de Holguín Callo, al cual no puede sino tributarse la más efusiva acogida. Algunas caídas (‘en su contra’ (págs. 22, 82, 91, 234, 246, 579, p. ej.), por én contra suya’; ‘premunido’ (pág. 104); ‘alturado’ (págs. 259, 286 y 342); ‘fricción’ (pág. 293), reprobado justamente ya por la hija del tradicionista en sabrosa epístola a Riva-Agüero (v. *Opúsculos* (Lima, 1973), I, pág. 438), y ‘accionar’ (pág. 625), son lunares que hacen resaltar aún más la prosa limpia, elegante y pulcra del autor.

Voltear las páginas de esta jugosa monografía despierta la admiración —y contemplada desde nuestra actualidad suscita la envidia— cuando se comprueba la riqueza del movimiento intelectual, literario y artístico de Lima en aquellos años, en que nuestra capital era reconocida como hogar acogedor y propicio para los artífices del mundo de la pluma en los países vecinos, “como si la Providencia hubiera querido reunir allí una especie de Congreso Internacional de nuestra raza” (pág. 239, frase de Sergio Arboleda). Por entonces se dieron cita en Lima escritores y poetas de la talla de Mitre,

de Lastarria, de Juan María Gutiérrez, de Lillo, de los Bilbao, del español Velarde, de Juan Vicente Camacho, de Mármol, ... Aunque Holguín Callo la trate despectivamente de “ciudad pequeña” (pág. 147) y adjetive de “pueblerino” su ambiente (pág. 379), es fuerza concluir con Riva-Agüero que “... nunca anduvo más próspera nuestra literatura ...” (*Carácter de la literatura del Perú independiente* (Lima, 1905), pág. 85; v. también pág. 187).

Aunque personalmente quien suscribe esta nota lamenta que Holguín Callo, que en su tesis para el bachillerato en Humanidades sobre el limeño Diego de Salinas (1978) se anunciaba como un autorizado y sólido conocedor del siglo XVI, haya desertado de aquella centuria para instalarse en la decimonónica, el sincero aprecio que le profesa le induce a exhortarle vivamente que prosiga esta investigación y en sucesivos volúmenes –la proporción de la vida de Palma en sus años de madurez y gloriosa ancianidad los exigen– componga la definitiva biografía de la figura emblemática de las letras peruanas. Ha contraído un compromiso al cual no podrá sustraerse.

Guillermo Lohmann Villena